

### A propósito de la URSS

#### **4.1 La realización de las potencias históricas del modo de producción capitalista**

El modo de producción capitalista es la forma de regirse el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad al alcanzar en su curso histórico una necesidad específica: la de centrarse en la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza. De modo que sólo puede cumplir con esta razón histórica de existir suya a expensas de empezar por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal. Le da así a cada fragmento especial de éste la forma concreta de trabajo privado. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. En éste, el producto material del trabajo es, al mismo tiempo, el portador de la relación social general; el producto se encuentra determinado como mercancía. La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Y la producción de valor tiene su forma acabada en la valorización del valor mismo, o sea, en la producción de plusvalía. El producto material del trabajo social portador de la relación social general, se convierte así en el sujeto mismo de la producción y el consumo sociales, en capital. El capital no sólo se produce y reproduce a sí mismo, sino que produce y reproduce a los seres humanos como su forma personificada de existencia. La libre conciencia y voluntad del obrero y el capitalista no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital. De modo que la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia revolucionaria para superar al capitalismo que la que puede darle la realización de la razón histórica de existir de éste. Por lo tanto, aun esa potencia revolucionaria es, en sí, una potencia humana enajenada como potencia del capital mismo. Y, por cierto, éste se encarga de dársela a la clase obrera.

La extracción de plusvalía relativa, es decir, el abaratamiento de la fuerza de trabajo a través de la constante revolución técnica que multiplica la

productividad del trabajo aplicado a la producción de sus medios de vida, es la forma más potente de valorizarse el capital. Pero es también la forma en que el capitalismo realiza su papel histórico. La producción renovada de plusvalía relativa sigue necesariamente su curso en la unidad de dos procesos: la concentración creciente de cada fragmento privado del capital social, y la subordinación de la organización de la producción y el consumo sociales a la ciencia.

De inmediato, la concentración creciente del capital en base a la producción de plusvalía relativa se presenta a la clase obrera como un proceso en el que una parte creciente de la misma va siendo consolidada como sobrante para las necesidades del capital. De manera sanguinaria, el capital despoja así a esta porción de la clase obrera hasta de su ser genérico humano. Esto es, la despoja de su capacidad genérica para transformar la naturaleza en un medio para sí mediante el trabajo, condenándola a muerte. Pero la concentración significa también la expansión de la escala de la organización consciente del trabajo social al interior de cada fragmento privado del capital social, o sea, de cada capital individual. Esta organización escapa entonces a la capacidad subjetiva del capitalista para personificarla. Al mismo tiempo, la concentración del capital significa que su acumulación necesita crecientemente realizarse a través de la organización directa del trabajo social más allá del alcance de cada uno de los fragmentos privados del capital social. Y esta organización tiene a la acción política en la lucha de clases, como forma concreta de realizarse.

A su vez, la necesidad de subordinar la producción y el consumo sociales a su organización científica supera la capacidad subjetiva de la clase capitalista para personificar esta organización. Más aún, con el desarrollo del sistema de la maquinaria, cambia la esencia del trabajo humano. Este pasa a consistir en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control de las fuerzas naturales, haciendo actuar automáticamente a éstas del modo adecuado a la transformación del objeto. La producción de plusvalía relativa no sólo determina al obrero como un sujeto directamente colectivo, sino que pone en manos de éste el control consciente de su propio proceso de trabajo. Sin embargo, al mismo tiempo, sólo puede hacer esto a través de profundizar la mutilación de la subjetividad del obrero, sea enajenándolo de su propio producto (cuando permanece en activo) o de la posibilidad misma de producir su vida (cuando es lanzado a la población sobrante).

Puesta a ejercer una potencia que sólo le pertenece en cuanto ella se le enfrenta como una potencia ajena, propia del capital, la clase obrera no se limita ya a tener a su cargo el proceso directo de producción. Tiene además a su cargo la organización de ese proceso, tanto al interior de la fábrica, como en cuanto concierne directamente al carácter social general de su trabajo. La clase obrera deviene así la personificación general necesaria de su propia relación social general enajenada, del capital. El desarrollo de la acumulación del capital despoja con ello a la clase capitalista de su propia razón histórica de existir,

sobre una doble base. Por una parte, la concentración del capital choca contra la propiedad privada de éste. Y no meramente con formas particularmente restringidas de esta propiedad, sino con ella en sí misma: la fragmentación privada del capital social se convierte en una traba para la acumulación de éste. Por la otra, la superación de la subjetividad del capitalista como representante general de su propio capital convierte a la burguesía en un puro parásito social, cuyo consumo resta de la potencialidad de acumulación del mismo. La acumulación del capital necesita entonces tomar forma concreta en una revolución social en la que la clase obrera aniquile a la burguesía, centralizando el capital como propiedad directamente social.

Sin embargo, al tratarse precisamente de una potencia del capital personificada por la clase obrera, ésta no puede más que seguir enfrentándose a su propio producto como a una potencia ajena. Se enfrenta así a su propia relación social general materializada constituida en el sujeto de la vida social, al capital, como una propiedad perteneciente de manera directa al representante político general de ese sujeto, el estado. Como señaláramos en el primer capítulo, *un proceso de acumulación de capital donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encuentra en manos de los obreros asalariados, y el capital es una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, es la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital*. En ella, todas las formas de la conciencia enajenada alcanzan su pleno desarrollo. Y todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista alcanzan su pleno desarrollo. En particular, así ocurre con la contradicción más esencial del modo de producción capitalista: el capital es simplemente una forma histórica tomada por el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, una forma en que los sujetos humanos realizan su ser genérico, que, al mismo tiempo, deviene el sujeto concreto mismo de la vida social. Y deviene este sujeto hasta el punto de convertir todo aspecto de ésta en una personificación de sus necesidades, incluyendo el despojo a una parte creciente de la clase obrera hasta de su humanidad misma.

Sin embargo, al ser la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital, es también la forma en que el capitalismo adquiere su plenitud como modo de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Y, de ahí, es la forma con que el modo de producción capitalista culmina su razón histórica de existir. De ella en más, sólo le queda un camino abierto al desarrollo de las fuerzas productivas sociales para continuar revolucionando su propia base. Sólo puede hacerlo aniquilando la base misma del modo de producción capitalista. Se trata de superar la organización capitalista del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual como potencias productivas del trabajo social conscientemente regido. O sea, de superar la organización de ese desarrollo realizada mediante la determinación del producto material del mismo trabajo social como portador

autonomizado de la relación social general. Y, por lo tanto, de superar un modo de organizar la producción social que se encuentra determinado a su propio interior como negación de las potencias del trabajo social conscientemente regido.

Es así que el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad necesita tomar la forma concreta de una nueva revolución social. Esta vez, una en la que el proletariado se libere de la dictadura que el capital le hace imponerse sobre sí mismo. La clase obrera necesita, pues, superarse a sí misma, transformando a sus miembros en individuos libremente asociados. Recién entonces la historia llega por primera vez al punto en el que la realización del ser genérico humano, o sea, la acción consciente y voluntaria sobre la naturaleza a fin de transformarla en un medio para la vida humana, ha dejado de ser, al mismo tiempo, una forma concreta de negación de esa capacidad humana. Se trata de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. En esta relación social general, cada individuo se reconoce a sí mismo de manera inmediata, como un atributo inherente a su propia subjetividad, en su condición de encarnación individual de las potencias sociales de su trabajo.

#### **4.2 La forma nacional de la acumulación de capital**

En su potencia revolucionaria para hacerse volar a sí mismo por los aires al engendrar la necesidad material de la sociedad de los individuos libremente asociados, el capital avanza disolviendo todo ámbito que excluya de sí la universalidad del trabajo social. Por lo tanto, la acumulación de capital es un proceso mundial por su esencia. Pero, ella sólo puede desarrollar las potencias del trabajo social ejecutándolo bajo la forma concreta de su contrario, o sea, como trabajo privado. De modo que su esencia mundial se realiza necesariamente fragmentándose bajo la forma de diferentes procesos nacionales de acumulación de capital enfrentados entre sí. Esta fragmentación del capital fragmenta a la clase obrera. Lo hace ligando de manera específica la suerte de cada porción nacional de ésta, a la del capital que la explota en ese mismo ámbito nacional. Con esta mediación, la centralización del capital como propiedad del estado nacional a través de la acción revolucionaria de la clase obrera del país, no es simplemente la realización de las potencias de esta clase para tomar en sus manos la organización plena de su propio trabajo social como una potencia enajenada en el capital. El histórico salto adelante que pega la capacidad de la clase obrera nacional en este sentido, se encuentra determinado como forma concreta de la potenciación del proceso nacional de acumulación de capital en cuestión, frente a los demás.

Por muy de propiedad colectiva que el capital llegue a ser al interior de su ámbito nacional de acumulación, es tan privado como el que más hacia el exterior de éste. Se trata, pues, de un fragmento privado del capital social que extrae plusvalía relativa con la potencia que le da el haberse centralizado en

una escala que abarca la producción social íntegra de su país. Y, más aún, con la que le da el contar con la voluntad de los mismos obreros que alimentan su hambre insaciable de plusvalía, por pertenecer a ellos su propiedad, liberado del lastre de la propiedad burguesa. Claro está que, necesitado de enfrentar a sus propietarios como una potencia que les es ajena a ellos mismos y los domina, este capital no puede determinarse a sí mismo como una propiedad directamente social. Es por eso que sólo puede determinarse como una propiedad del representante general de la sociedad nacional que, al mismo tiempo, se presenta como potencia exterior a ella: el estado nacional. El salto adelante dado por la conciencia revolucionaria de la clase obrera se invierte en la apologética de «la gran patria soviética», de «nuestra madrecita Rusia». Porque, como ya vimos, considerada en sí misma, la forma nacional que toma históricamente la esencia mundial de la acumulación de capital no es una expresión de las potencias revolucionarias de éste para aniquilarse a sí mismo en el desarrollo de la organización general consciente de la vida social. Por el contrario, es una limitación histórica específica a esas potencias.

*De ahí el carácter revolucionario de la URSS, con un proletariado nacional tomando en sus manos por primera vez en la historia la organización consciente de su trabajo social, aunque reproduciendo esta organización como un atributo enajenado en el capital. Pero también de ahí la limitación de ese carácter.*

Así determinado, la suerte que puede correr este capital de propiedad colectiva al interior de su ámbito nacional al competir con el resto de los capitales del mundo por apropiarse plusvalía, no expresa de manera inmediata la potencia que tiene la concentración absoluta del capital social como propiedad colectiva frente a cualquier tipo o grado de concentración de capital de propiedad privada. Expresa simplemente la eficacia alcanzada por una forma específica de capital privado frente a la de otras formas no menos restringidas de capital privado, que junto con ella forman el capital total de la sociedad en una cierta etapa del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas materiales de ésta.

Al mismo tiempo, la centralización revolucionaria del capital en la URSS no resulta de la plenitud alcanzada por ese capital en su proceso de acumulación. Ni, por lo tanto, del pleno desarrollo de la clase obrera nacional como obrero colectivo capaz de controlar conscientemente la integridad de su propio trabajo social. Por el contrario, esa centralización es la que, por así decir, da curso al desarrollo general del proceso nacional de acumulación de capital. Mediante ella, una masa de capital relativamente restringida y alejada de la vanguardia técnica, adquiere la potencia para desarrollar la fuerza acumulativa que le da el disponer dentro de su alcance nacional de una enorme población obrera latente, acostumbrada a vivir muy austeramente y sometida al control de una autoridad directa fuertemente centralizada, junto con enormes riquezas y fuerzas naturales igualmente latentes.

### **4.3 La inversión ideológica de la centralización nacional absoluta del capital como socialismo realizado**

La condición de modo nacional más desarrollado de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital alcanzada por la URSS, hace que este modo mismo tome forma concreta representándose de manera invertida en la conciencia de la clase obrera a la que extrae plusvalía. Se representa así como la negación realizada de la producción capitalista, en la organización directamente consciente de la vida social: el socialismo o comunismo realizados. Y como inversión ideológica cuyo objeto es representar a la enajenación capitalista como realización de la plena conciencia humana, ella necesita ser producida bajo la forma de su opuesto, o sea, del conocimiento científico. Por su misma naturaleza ideológica, la producción de este conocimiento aparente no puede partir de analizar la forma más simple que toma la relación social general dentro del ámbito nacional, o sea, del análisis de la mercancía. Arrancar del análisis de la forma de valor que toma el producto del trabajo en dicho ámbito, lo llevaría inevitablemente a enfrentarse al capital como el sujeto concreto de la producción social en él. De modo que parte de enunciar el contenido de la relación social general que impera en el ámbito nacional por la apariencia inmediata de las relaciones de propiedad en él: la abolición de la burguesía, necesidad impuesta por el capital, se presenta así invertida como la liquidación lisa y llana del modo de producción capitalista.

La apariencia producida sobre esta base marcha sin tropiezos mientras se mantiene la vista al interior del capital absolutamente centralizado que, como tal, abarca (más concretamente tiende a abarcar) toda la producción social. Allí, como ocurre al interior de cualquier capital individual, sólo que aquí a escala nacional, todo el trabajo social se encuentra regido con arreglo a un plan. Como al interior de cualquier capital individual, el producto del trabajo pasa de una mano a otra sin necesidad de tomar la forma de mercancía en momento alguno. Pero la apariencia estalla en cuanto se sale del interior del capital único, para enfrentar el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Aquí salta a la vista que, en última instancia y más allá de la apariencia de la planificación absoluta, lo que se impone es la organización autónoma de la producción social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo y de la correspondiente compraventa de los medios de vida necesarios para reproducir esta fuerza de trabajo a ser consumida una y otra vez por el capital. Después de todo, el capital absolutamente concentrado sigue necesitando alimentarse de los atributos del obrero doblemente libre. Sólo puede ocultarse esta evidencia mutilando ideológicamente la conciencia respecto de la especificidad histórica de la forma de valor que tiene el producto del trabajo. Sólo así puede enunciarse apológicamente que la mercancía y, más aún, el dinero, expresión sintética de que no es la conciencia humana la que regula la producción social sino que ella se enfrenta a su propio producto material como a una potencia ajena

que la domina, siguen existiendo en la economía socialista, sólo que como expresión del pleno ejercicio de la conciencia humana.

La inversión ideológica agota su desarrollo con la proclama de la realización ya alcanzada del socialismo, como fundamento constitucional de la nación soviética. La carta constitucional de una nación es la forma más general de la ficción jurídica propia de la producción capitalista. A través de esta ficción jurídica, el carácter privado del trabajo social hace aparecer a los individuos como mutuamente independientes entre sí por naturaleza y necesitados de establecer su relación social a través de la expresión de la voluntad contractual propia de los poseedores de mercancías. De modo que, lo que por su forma no tiene cómo ser otra cosa que el producto de una sociedad donde los individuos se enfrentan a sus propias potencias sociales como un poder exterior a ellos mismos que los domina, resulta presentado bajo la apariencia de ser el producto de su contrario, de la organización consciente general de la vida social.

Es así que la ciencia social soviética contrasta específicamente con la del capital en general. Lo hace porque, sobre la base de borrar también la especificidad histórica del capital como sujeto enajenado de la vida social, no tiene por objeto representar al capitalismo como la forma natural y eterna de la organización social. Su función es representarlo como históricamente superado, cuando no lo está. Y es esta especificidad de su función la que le da una forma también específica.

Marx ha desarrollado la evidencia científica de la necesidad inmanente al capitalismo de aniquilarse en el socialismo o comunismo. Mediante el desarrollo de la dialéctica, Marx ha revolucionado el alcance del conocimiento científico. Ha transformado su método, dejando atrás la *representación* de las formas reales construida siguiendo una necesidad ideal ajena a ellas, la lógica, para desarrollarlo como la *reproducción* de la necesidad inmanente a las formas reales mediante el pensamiento. Al transformar así su método, ha transformado a la ciencia, llevándola de ser el modo necesario de regirse la producción de plusvalía relativa (como lo sigue siendo bajo su primera forma), a ser la forma concreta necesaria de la conciencia de la clase obrera en el proceso de superarse ésta a sí misma como potencia enajenada en el capital. Por lo tanto, ha desarrollado a la ciencia como forma concreta necesaria de organizarse la acción política de la clase obrera. Al hacerlo, ha puesto en evidencia cómo, por su forma, la dialéctica avanza por encima de toda apariencia. Con lo cual ha puesto fin a la apariencia, propia del método científico en tanto conciencia de la mera reproducción de la plusvalía relativa, de que la ciencia cae necesariamente en la *interpretación* de la realidad y de que, en consecuencia, necesita tener su fundamento en la negación de sí misma como conocimiento objetivo, o sea, en la filosofía.

Así como la ciencia social del capital nacional de la URSS declara a la acumulación de éste como la superación del capitalismo realizada, todo se le hace *interpretar* a Marx del modo que resulte más oportuno. El desarrollo

revolucionario de la reproducción de la realidad mediante el pensamiento se degrada a su inverso, o sea, a una concepción, a una interpretación del mundo, que se representa como *marxismo*. Los apologistas del resto del capital social, que no necesita ocultarse bajo la apariencia de ser su superación realizada sino que se vanagloria abiertamente de su propia podredumbre como tal, no pueden pedir más. Lo que según sus propios defensores es el «socialismo realizado», presenta las mismas formas sanguinarias y repulsivas que el más crudo capitalismo. Y hasta peores, como que se trata de una forma de éste potenciada por la centralización absoluta del capital a escala nacional. De modo que los apologistas desembozados pueden darse el lujo de proclamar que, aun si el capitalismo no fuera eterno, merecería serlo. Y, con la certeza que les da el haberlo verificado ahora empíricamente, proclaman que el capitalismo no es una forma meramente histórica, sino la realización misma de la naturaleza humana. ¿Cómo explicar de otro modo esta subsistencia de sus formas cuando ha sido reemplazado por una organización social cuyos partidarios enuncian como su superación? Marxismo y antimarxismo se amalgaman, así, como las dos caras de una misma moneda.

#### **4.4 El retroceso del capital desde la producción del obrero universal a la producción del obrero diferenciado**

Como proceso de acumulación de capital, la economía soviética se encuentra sujeta a la ley general de esta acumulación: la producción creciente de una población obrera sobrante, con su consiguiente pauperización progresiva. Y, como forma nacional de la acumulación de capital, no puede evitar que esta ley se manifieste en algún grado a su propio interior. Sin embargo, una de las bases sobre las que se levanta la ilusión ideológica de haberse superado al capitalismo, reside en la aparente extinción de esa ley general al interior de la URSS. En particular, durante la crisis de superproducción general del 30. En primer lugar, la centralización del capital como propiedad del estado nacional impulsa su capacidad para acumularse por encima de la de los capitales privadamente restringidos al interior de los demás ámbitos nacionales. Para cuando en éstos el capital ha rebasado sus propios límites específicos, en la URSS ha ampliado su horizonte de un solo golpe. Pero, en segundo lugar, la necesidad general del capitalismo de producir una población obrera sobrante no se manifiesta contemporáneamente en la URSS porque el propio capital liquida a ésta de manera expeditiva. A la primera guerra mundial le sigue la civil, luego las purgas, después la segunda guerra (donde la clase obrera armada en representación de otra porción de capital social, de propiedad privada al interior de su propio ámbito nacional, le hace pagar con particular saña a la clase obrera soviética la fuerza que le opone a éste la concentración nacional absoluta del suyo). A esta guerra sigue un largo período en donde la acumulación de capital se expande sin que su necesidad de producir una población obrera sobrante se haga visible en los países en donde ella centra su



desarrollo activo. Incluso, esta expansión se muestra reforzada para el capital de la URSS, gracias a la escala que le da su concentración nacional.

Pero llega nuevamente el momento en que se manifiesta de manera creciente el límite que el modo capitalista de organizar la producción social impone a la expansión de ésta. Con lo cual, la gestación de la población obrera sobrante vuelve a tornarse visible sin necesidad de ir a buscarla en los ámbitos nacionales que la acumulación de capital va dejando sin más atributo que el ser reservorios de ella. Lo hace hasta en aquellos en que esta acumulación muestra su mejor cara activa. Pero no se trata de un mero incremento numérico. Como ya vimos, a lo largo del siglo xx la acumulación de capital se venía sosteniendo en la producción de una clase obrera capaz de ejecutar masivamente un trabajo cada vez más complejo e intenso al interior de su ámbito nacional. De ahí que el capital social de cada país tendiera a tomar directamente en sus manos la producción del carácter general de la fuerza de trabajo nacional: se trata de un período caracterizado por el desarrollo de la instrucción pública, la salud pública, el entretenimiento público, la construcción pública de vivienda, etc. No en vano, la centralización del capital dentro del país como capital del estado nacional y su forma política de aparente superación realizada del capitalismo, la URSS, es una forma inherente a este período del modo de producción capitalista.

Sin embargo, ahora, sobre la base técnica y la población obrera sobrante logradas mediante ese desarrollo relativamente universal de la fuerza de trabajo, la acumulación de capital pasa a tener por eje una diferenciación al interior de la misma. Por una parte, necesita acentuar el desarrollo de la porción del obrero colectivo cuyo proceso de trabajo consiste en controlar las fuerzas de la naturaleza, aplicándolas a la transformación productiva de su objeto. Por la otra, este mismo avance en el control de las fuerzas naturales, multiplica las porciones del proceso colectivo de trabajo que aún siguen consistiendo en la aplicación directa de la fuerza de trabajo a la transformación de su objeto. Es así que, de momento, el capital necesita contrarrestar su tendencia general hacia la universalidad del obrero productivo y del de la circulación. Necesita profundizar la distinción al interior del obrero colectivo, entre la porción de éste que da un nuevo salto adelante en el desarrollo de su capacidad para controlar el proceso colectivo de trabajo, y la porción que sólo le sirve en cuanto le extrae hasta la última gota de plustrabajo simple lo más rápidamente posible.

En la fase anterior al capital le resultaba más barato gastar en la producción masiva de la fuerza de trabajo relativamente indiferenciada. Ahora le resulte más barato incluir individualmente en el valor del primer tipo de fuerza de trabajo los gastos correspondientes a su producción calificada, y abstenerse de gastar en el segundo lo que no sea necesario para reproducirla en la medida estricta de su rápido desgaste y reemplazo por otra nueva proveniente del siempre ampliado ejército industrial de reserva. A su vez, el mismo desarrollo

técnico que acentúa la diferenciación al interior del obrero colectivo, crea los medios de producción que permiten a éste coordinar directamente su trabajo, aunque sus órganos parciales se encuentren diseminados espacialmente más allá de cualquier frontera nacional.

De simple condición general para potenciar la acumulación de capital de un ámbito nacional, la magnitud de la población obrera ciudadana pasa a encerrar una traba específica a la misma. Ahora, la clave se encuentra en que la población obrera ciudadana se restrinja a la masa de fuerza de trabajo necesaria para realizar el trabajo más complejo dentro del país. Y que ella se complemente con la fuerza de trabajo que realiza el trabajo simple fuera del país, o dentro de éste pero privada de la condición de ciudadanía.

La necesidad general del capital de expandir su escala de acumulación pasando por encima de las fronteras nacionales, se desarrolla así sobre la base específica de la fragmentación internacional de la producción social en base a la diferenciación de la subjetividad productiva del obrero de la gran industria.

Por muy grande que sea su ámbito nacional de acumulación, estas transformaciones no le vienen nada bien al capital absolutamente centralizado como propiedad de la clase obrera al interior de la URSS. Por la misma apariencia política e ideológica en que toma forma concreta la organización de su acumulación como negación misma del modo de producción capitalista, este capital no puede desprender una porción de sí para ir a valorizarse en otro ámbito nacional. De hacerlo, se daría de patadas con la apariencia, necesaria para la realización de su valorización general, de ser la superación de toda apropiación de plusvalía. Y otro tanto ocurriría con esa misma apariencia, en cuanto el flujo hacia el exterior de una porción suya acentuara inevitablemente el paso de una parte de la clase obrera nacional a la condición de sobrante. En esencia, este proceso nacional de acumulación de capital se encuentra restringido en su expansión más allá de sus fronteras al comercio internacional, ya sea sobre la base de un mercado libre o a través de la coacción directa. Al mismo tiempo, dada la misma apariencia en cuestión, este capital tampoco puede reproducirse en escala ampliada sobre la base de abismar la diferenciación al interior del obrero colectivo que es su propietario, haciendo retroceder violentamente a una parte de éste a la descalificación y el pauperismo, mientras incrementa la masa de valores de uso que recibe la otra.

La concentración de capital como propiedad colectiva al interior de la URSS ha mostrado ser una modalidad tal de potenciarse la acumulación de capital, como para haber llevado a este ámbito nacional a ser el segundo en magnitud en el mundo. Pero, ahora, le ha llegado el turno de mostrar con toda crudeza su propia limitación frente al carácter mundial de las potencias del modo de producción capitalista. Y eso que en estas potencias mundiales no domina de momento la simple superación de su forma nacional, sino un retroceso específico del capitalismo en su necesidad histórica de producir un obrero universal, basado en la profundización de las diferenciaciones nacionales.

Como forma propia de un sistema económico en que la norma sólo puede imponerse a través de violentas fluctuaciones, el capital soviético pone de manifiesto su imposibilidad para sostener su capacidad de acumulación. Cae entonces en un proceso de rápida descentralización. Su centralización no podía haber tenido otra forma que la de una revolución social en la que la clase obrera nacional triunfante aboliera a todas las clases propietarias de medios de producción en el país. Pero, ahora, se trata de la pérdida de las potencias resultantes de esa centralización, y el paso masivo de la población obrera nacional a la condición manifiesta de sobrante. La descentralización de este capital, privado respecto de la esencia mundial de la acumulación pero el más concentrado del mundo por lejos, sólo puede tener por forma política de realizarse, el desmembramiento del ámbito nacional y la rapiña delictiva por los capitales privados, que ahora lo son también al interior de su ámbito nacional, formados a sus expensas. Así y todo, aún está por verse bajo qué formas va a arrancar nuevamente en su concentración a partir de la nueva base que la ha dado su descentralización. Bien podría ser que lo hiciera volviendo a centralizarse violentamente como capital de propiedad directamente social dentro de un ámbito nacional nuevamente expandido, sólo que con la diferenciación al interior de la clase obrera ya consolidada como una circunstancia exteriormente dada.

Así como los voceros ideológicos del capital, tanto los abiertamente apoloéticos como los pseudocríticos, creían antes que se trataba de un salto fuera del modo de producción capitalista, creen ver ahora un retorno desde el «socialismo realizado» al capitalismo. Pero, bajo esta apariencia, todo lo que ha tenido lugar han sido dos cambios en la forma de la propiedad privada de una porción nacional del capital social total. Nunca se ha trascendido del alcance del mismo modo de producción capitalista. Sin embargo, el paso inicial era expresión de la potencia del capital en cuestión para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más específicamente, era expresión del avance en la transformación de los atributos del trabajo del obrero individual doblemente libre en potencias del trabajo social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza. Es decir, era expresión del avance del modo de producción capitalista en el cumplimiento de su razón histórica de existir. En cambio, considerado desde un punto de vista restringido a la misma porción del capital social, el segundo paso es expresión de su retroceso como portador de esas potencias históricamente revolucionarias.

#### **4.5 La conciencia revolucionaria de la clase obrera**

De nada sirve a la producción de la conciencia revolucionaria de la clase obrera aferrarse a las apariencias de la superación del modo de producción capitalista, y del posterior retorno a él, cuando el mismo no ha hecho más que desplegar en cada momento las formas concretas de su desarrollo. Lo mismo

ocurre con la reducción de la forma concreta en que se realiza la asignación de la capacidad total de trabajo de una porción de la sociedad bajo las distintas formas útiles del mismo, a la degeneración de un abstracto «estado obrero» o a la traición y burocratización de sus dirigentes. Bien miradas, de la primera a la última, estas concepciones se basan en la creencia invertida de que es la conciencia la que determina las condiciones materiales de la vida humana, y no éstas las que determinan a la conciencia como la forma concreta necesaria de su organización social a través de la acción voluntaria de los individuos. Porque todas estas concepciones parten de la apariencia, inseparable del modo de producción capitalista, de que a la conciencia enajenada de la clase obrera se le opone la posibilidad de una abstracta conciencia libre suya. Pero la clase obrera sólo desarrolla su conciencia revolucionaria como personificación de una potencia que se le enfrenta como ajena, pero que, como tal, lleva en sí la necesidad de convertir esa conciencia en la conciencia enajenada que niega su propia enajenación. No se trata, pues, de una conciencia revolucionaria que saca sus potencias de una abstracta condición de libre (como les parece a los que permanecen prisioneros de las apariencias de la circulación de las mercancías). Se trata, por el contrario, de una conciencia revolucionaria que saca sus potencias de ser la negación de la negación de la conciencia libre.